



El Viaje de Leo a Casa

Ayuda Pepito2



Leo, un niño curioso y juguetón, se aventuró más allá del sendero conocido, persiguiendo una mariposa de colores brillantes. El sol filtraba sus rayos a través de las hojas, creando un mosaico de luz y sombra en el suelo del bosque. Sus ojos brillaban de emoción, ajeno a lo lejos que se estaba adentrando.



La mariposa desapareció entre los árboles y Leo se dio cuenta de que no reconocía el camino de vuelta. Las sombras se hicieron más largas y el bosque comenzó a parecer un poco más grande y silencioso de lo que recordaba. Una pequeña lágrima rodó por su mejilla mientras su corazón empezaba a latir con fuerza.



Un pequeño y simpático ardilla, con una cola esponjosa y ojos curiosos, saltó de una rama y se acercó a Leo. Chirrió suavemente, como si quisiera preguntarle qué le pasaba. Leo le sonrió tímidamente, sintiendo un rayo de esperanza en medio de su preocupación.



El ardilla, llamado Chispita, comenzó a saltar ágilmente por los árboles, mirando hacia atrás para asegurarse de que Leo lo seguía. Leo, con nuevas fuerzas, trotó tras él, confiando en su nuevo amigo peludo. El camino se hizo un poco menos intimidante con Chispita a su lado, guiándolo.



Chispita llevó a Leo a un gran roble donde un búho sabio, con grandes ojos redondos, estaba posado. El búho, llamado Sabio, ululó suavemente, pareciendo entender la situación de Leo. Con un movimiento de su cabeza, Sabio señaló una dirección con su ala, ofreciendo su ayuda.



Sabio indicó el camino hacia un río cercano, que serpenteaba a través del bosque. Le explicó a Leo, con gestos y ululidos, que el río siempre llevaba hacia el borde del bosque. Leo agradeció al búho y continuó su viaje, sintiéndose más seguro de su dirección.



Al llegar al río, un juguetón nutria, llamada Nala, apareció, deslizándose y chapoteando en el agua. Nala vio a Leo y, con un silbido amistoso, le invitó a seguirla. La nutria nadó por el río, mostrando a Leo el camino más fácil y divertido.



Leo siguió a Nala por la orilla del río, riendo mientras la nutria saltaba y jugaba en el agua. El sonido del río era tranquilizador y la compañía de Nala hizo que el viaje fuera divertido y lleno de alegría. Poco a poco, el bosque empezó a verse menos denso y más familiar.



De repente, a través de los árboles que se aclaraban, Leo pudo ver el brillante tejado rojo de su casa. Su corazón dio un brinco de alegría y corrió hacia adelante, despidiéndose con la mano de Nala. ¡Estaba casi en casa, el final de su aventura a la vista!



Leo corrió por el sendero familiar y llegó a su jardín, donde sus padres lo esperaban con los brazos abiertos. Abrazó a su familia con fuerza, contándoles sobre sus increíbles amigos del bosque. Los animales, desde la distancia, observaban con alegría cómo Leo regresaba a casa, sabiendo que siempre lo ayudarían.